

Palma y Unamuno: tradición e intrahistoria

Roland Forgues
Instituto Ricardo Palma
forgues.roland@orange.fr

Resumen

El término “Intrahistoria” tiene distintas connotaciones. Según la Real Academia Española es una voz introducida por Miguel de Unamuno para referirse a la vida tradicional, que sirve de “decorado” a la historia más visible. Comparaba este escritor a la Historia oficial con los titulares de prensa, en oposición a la intrahistoria que era todo aquello que ocurría pero no publicaban los periódicos. Precisamente, en torno a este término, el autor del presente trabajo trata de demostrar que las tradiciones de Palma, por su amplia base popular, irrumpen en el terreno de la intrahistoria, al mostrarnos a personajes y hechos históricos que son poco ajenos a la llamada historia oficial.

Palabras clave: Tradición, Intrahistoria, Ricardo Palma, Unamuno.

Abstract

The term «Intrahistory» has different connotations. According to the Royal Spanish Academy, it is a voice introduced by Miguel de Unamuno to refer to the traditional life, which serves as a «decoration» to the most visible history. He compared this writer to official History with the headlines, as opposed to intrahistory as anything that happened but did not publish the newspapers. It is precisely in this context that the author of the present work tries to demonstrate that the traditions of Palma, by their wide popular base, break into the intrahistory field, by showing us historical figures and facts that are little oblivious to the called Official history

Keywords: Tradition, Intrahistory, Ricardo Palma, Unamuno.

Roland Forgues

Catedrático de literatura y civilización hispanoamericanas en la Universidad de Pau. Director fundador del Laboratorio de Investigaciones Peruanas y Andinas (Andinica). Profesor Honorario de las Universidades de San Marcos y de Lambayeque, y Miembro Honorario de varios Institutos de Investigaciones. Doctor Honoris Causa de la Universidad Ricardo Palma.

En el *Epistolario General* de Ricardo Palma podemos observar la admiración que el autor de las *Tradiciones* le tenía a su amigo español Miguel de Unamuno.¹

Me contentaré con citar aquí el elogioso comentario que le hace al escritor bilbaíno en carta fechada del 19 de diciembre de 1905 sobre su libro *Vida de Don Quijote y Sancho* recién salido.

En dicho comentario Palma empieza destacando el interés del libro, oponiéndolo a otro libro: *Cervantes y el "Quijote"*, publicado en Madrid ese mismo año de 1905 por el erudito cervantista Emilio Cotarelo, historiador literario y miembro de la Real Academia de la Lengua:

El libro de Cotarelo me había producido las mismas náuseas que en un lavadero nos provoca la ropa sucia. A Dios gracias el libro de usted ha venido a embelesarme; qué sabrosas las semejanzas que usted nos presenta con pasmosa oportunidad, entre el caballero andante que bautizó Cervantes con el nombre de don Quijote, y el fanático aventurero que la estulticia humana venera en los altares con el nombre de San Ignacio de Loyola.

A continuación ilustra su opinión citando algunas observaciones que le han llamado particularmente la atención y con las cuales expresa implícitamente su conformidad:

Dice usted en su libro cosas pasmosamente nuevas, y que son grandes verdades, como aquella de que el acto mayor de humildad es el de un dios que crea un mundo para que se lo critiquemos (51) (...) la manera de expresión colectiva

1 Para más información sobre este tema remito al trabajo del historiador Wilfredo Kapsoli Escudero: *Miguel de Unamuno y Ricardo Palma: una amistad epistolar* (se puede consultar en Internet).

de mi pueblo es un modo de rebuzno (202) (...) Dios se alienta de la fe que en él tenemos los hombres (193).

También indica:

No se puede ser rico viviendo de mentiras (177).

Concluye, por fin, con la formulación de un juicio de valor que pone el acento sobre el carácter iconoclasta del libro:

Y por fin tendría para rato si fuera a hablarle de todo lo que en su libro me ha gustado, y que en apostillas marginales ha marcado mi lápiz de lector. Lo que me trae maravillado es que los Mazera, los Nozaleda, los Ascárraga, los Polareja y demás fanáticos de copetes, no hayan hecho caer sobre usted partiéndolo por el medio con la excomuni3n mayor, por lo que en las p3ginas 116 y 117 escribe sobre la eternidad de la pena y sobre la condenaci3n, as3 como por la socarroner3a con que en la p3gina 133 prueba con el testimonio del evangelista que Cristo tuvo hermanos que no fueron del Esp3ritu Santo sino de var3n. Aquello de la diosa (p3g.379) tambi3n tiene sus bemoles. (Palma, 2006: 14-15)

En los t3rminos que usa Palma en este interesante comentario, podemos percibir los principales puntos de convergencia entre el patriarca de las letras peruanas y el fil3sofo espa3ol.

Aquello que predomina es la expresi3n de una postura 3tica y moral claramente expresada por los t3rminos *n3useas*, *ropa sucia*, *mentiras*, la oposici3n al fanatismo religioso que Ricardo Palma ilustra con la idea de *excomuni3n mayor*.

Idea esta que constituye uno de los grandes temas recurrentes de sus *Tradiciones*. La vincula a la ignorancia y estupidez humanas que denuncia con palabras de una rara violencia

tomando como ejemplo la figura santificada de San Ignacio de Loyola, “ese fanático aventurero que la estulticia humana venera en los altares”.

De dicha postura moral se deriva otra actitud común que constituye probablemente el meollo de la vida y obra de ambos escritores: el cuestionamiento permanente del mundo y la disidencia, perfectamente ilustrados en la observación admirativa del comentarista: “Dice usted en su libro cosas pasmosamente nuevas, y que son grandes verdades”, y en la aprobación del aforismo de Unamuno: “el acto mayor de humildad es el de un dios que crea un mundo para que se lo critiquemos”.

Esa postura moral es la que prevalece en la crítica al mencionado libro de Emilio Cotarelo, justificada en nombre de un interés superior y de un deber sagrado: el patriotismo y la concordia nacional que son valores celebrados tanto por Palma como por Unamuno.

En carta del 20 de febrero de 1906, Ricardo Palma le escribe a D. Antonio Rubió y Lluch:

He lamentado que Cotarelo haya dado a luz libro que tanto degrada la figura de Cervantes. Hay ropa sucia que la posteridad nada gana con que se exhiba ante sus ojos. No teníamos los apasionados entusiastas de Cervantes para qué leer los documentos que Cotarelo exhibe, y de los cuales resulta que Cervantes fue un grandísimo alcahuete de sus hermanas y de su sobrina Constanza, ni que comerció con la virginidad de su hija doña Isabel, ni otras cochinas de ese jaez burdelesco. Será, si se quiere, la obra de Cotarelo, obra de erudición y de paciente rebusca de archivos, pero no la estimo obra de patriotismo. (Palma, 2006: 19-20)

Estos valores de patriotismo y concordia nacional son los que están en base a la “tradición” palmista y al concepto unamuniano de “intrahistoria” formalizado en el ensayo *En torno al casticismo* de 1895 donde, más allá de lo puramente español, de lo puramente castizo, Unamuno reflexiona sobre la vida ordinaria e interior, individual y colectiva, de las sociedades y de los grupos humanos en general, oponiéndola a la historia oficial que sólo se ocupa de los grandes acontecimientos, de los hechos más sonantes y relevantes de los pueblos y naciones.

He aquí lo que afirma Unamuno:

Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del «presente momento histórico», no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizadas así, una capa dura, no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro. Los periódicos nada dicen de la vida silenciosa de millones de hombres sin historia que a todas horas del día y en todos los países del globo se levantan a una orden del sol y van a sus campos a proseguir la oscura y silenciosa labor cotidiana y eterna, esa labor que, como las madrêporas suboceánicas, echa las bases sobre las que se alzan los islotes de la Historia. Sobre el silencio augusto, decía, se apoya y vive el sonido, sobre la inmensa humanidad silenciosa se levantan los que meten bulla en la Historia.

Y luego agrega:

Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna, no la tradición mentida que se suele ir a buscar en el pasado enterrado en libros y papeles y monumentos y piedras.

En carta del 26 de febrero 1907 al doctor Larco Herrera, Ricardo Palma, por su parte, sintetiza la tradición de la siguiente manera:

La tradición no es precisamente historia, sino relato popular, y ya se sabe que para mentiroso el pueblo. Las mías han caído en gracia, no porque encarnen mucha verdad; sino porque revelan el espíritu y la expresión de las multitudes: La tradición a lo sumo, es un auxiliar de la historia, porque despierta en el lector la curiosidad por investigar un hecho y consultar o beber el agua en mejor fuente. (Palma, 2006: 37)

Si nos atenemos a dicha definición y a otras más que van en el mismo sentido, vemos con meridiana claridad que corresponde cabalmente a la definición que nos da el propio Unamuno de la “intrahistoria” y de su vinculación con la vida de la gente en el marco de sus actividades cotidianas. (Forgues, 2016: 325-341)

En realidad, yo diría que Palma y Unamuno tienen una preocupación común: la celebración de lo permanente frente a lo transitorio, representado por el fluir continuo de los procesos históricos que —como bien sabemos— avanzan empujados por el enfrentamiento de los contrarios: el amo y el esclavo, el bien y el mal, valores religiosos y valores profanos, verdad y mentira.

En «Borrasca en un vaso de agua», bien dice Palma: «Ya hoy nadie, persona o corporación, tiene el monopolio de la verdad o del error». (Palma, 1968: 1494)

El campo político en el cual ambos escritores actuaron concretamente, antes de observarlo con ojos más distanciados, no escapa de la regla. Es la lucha entre conservadores y liberales, revolucionarios y reaccionarios, vale decir la lucha entre el progreso y el atraso, la que da forma al movimiento de la historia.

Aunque lo expresen de modo particular, existe ciertamente para ambos escritores “una tradición del pasado” y una “tradición del presente”, según la califica Unamuno, cuya fusión viene a constituir, al fin y al cabo, aquello que en palabras del filósofo español vendría a constituir la “tradición eterna, legado de los siglos”, esto es, según precisa Unamuno, la tradición “de la ciencia y el arte universales y eternos”.

Para Palma, igual que para Unamuno “la tradición es la sustancia de la historia”, “la manera de concebirla en vivo”, igual que “su sedimento como la revelación de lo intrahistórico, de lo inconsciente en la historia”, como escribe el filósofo español no vacilando en recurrir a una imagen psicoanalítica para valorar la autenticidad de su contenido.

Recordaré al respecto estas palabras que Ricardo Palma le dirige en enero de 1878 a Carlos Toribio Robinet, y que no hacen sino confirmar lo dicho por Unamuno en su ensayo *En torno al casticismo*.

Escribe Palma:

Mis tradiciones más que mías, son de ese cronista que se llama el pueblo, auxiliándome, y no poco los datos y noticias que en pergaminos viejos encuentro consignados. Mía es sin duda, la tela que las viste; pero no el hecho fundamental. Yo no invento, copio. Soy un pintor que restaura y da colorido a cuadros del pasado. (Palma, 1968: 1526)

La marca más obvia de la inmersión de Palma en lo intrahistórico es ciertamente su predilección por la construcción de las *Tradiciones* como *faits divers*. Esto constituye, como señalé en otra oportunidad, una de las claves ideológicas de sus textos, tanto desde el punto de vista del fondo como de la forma.

Pero ¿qué se entiende por *faits divers*? En el sentido que, por lo común, se les suele dar, los *faits divers* son los sucesos del día sin vínculo entre ellos que generalmente remiten a hechos aparentemente intrascendentes: delitos, robos, crímenes, accidentes, observaciones insólitas, o cosas por el estilo..., todas esas menudencias reportadas por la prensa en rúbricas especiales que no cambian el rumbo general de la historia de los pueblos y naciones, pero sí pueden modificar en profundidad el destino particular de los individuos.

Los *faits divers* pertenecen a la esfera de lo privado e individual, por oposición a los grandes sucesos políticos y económicos, culturales y religiosos que forman parte del ámbito de lo público y colectivo, pues ellos ritman la vida social y espiritual de los pueblos y naciones.

Vale decir que, de algún modo, los *faits divers* representan el núcleo de la vida ordinaria. Es, para decirlo con palabras de Unamuno, “el mismo fondo del mar” que se mueve silenciosamente bajo la ruidosa superficie de las olas.

De hecho Ricardo Palma se sumerge en el pasado para seleccionar sucesos, anécdotas, dichos o refranes populares y les da presencia y vida, tratándolos como si pertenecieran a la actualidad del día. Al revés del historiador, el tradicionista no indaga en la historia como simple expresión de un pasado abolido, sino como rescate de una memoria colectiva con miras a construir la utopía del futuro. Así, al convertir el *fait divers* en “tradición” Ricardo Palma lo eleva de su estatuto individual y privado a un estatuto colectivo y público. Le da valor intemporal de “tradición eterna”, vale decir de “verdad universal”.

Así es como entra en la historia oficial para cuestionarla y proyectarla en un futuro por construir. En resumidas cuentas diré que Ricardo Palma tenía con el filósofo y escritor español

no pocas similitudes, empezando por su origen modesto, su vida familiar, sus actividades universitarias, su permanente indagación creativa, solicitando todos los géneros existentes: novela poesía, teatro, ensayo, crónica, etc. y buscando superarlos en los conceptos de “tradicición” en el caso de Palma y de “nivola” en el caso de Unamuno, su participación activa y desencantada en la contienda política, su compromiso con la masonería y su búsqueda de espiritualidad.

Si Palma y Unamuno sienten la imperiosa necesidad de revisar la historia oficial y de superar los géneros iniciales que sirven de referencia a sus obras es porque se sienten encorsetados en ellos. Su creación es una forma de cuestionamiento que va a la par con su disconformidad con la acción política y su permanente disidencia.

De modo que, en ambos escritores, vida y creación, historia y ficción constituyen un todo indisoluble por el camino de la definición identitaria tanto individual como colectiva, con su cortejo de interrogaciones y ambigüedades, de las que ninguno de los dos escritores logró escapar en algunos momentos cruciales y particularmente dramáticos de la historia de su país.

Tenemos todos en memoria las ambigüedades de Unamuno frente a la insurgencia franquista, su acomodo inicial con los insurrectos que terminaría en repudio y en el exilio en Francia.

Y sabemos que Ricardo Palma por su parte participó en varias intentonas golpistas, en especial el fallido asalto a la casa del presidente Ramón Castilla que también le valdría un corto exilio en la ciudad chilena de Valparaíso.

Al revisar la vida y los escritos de Palma, uno se da cuenta de que el patriarca de las letras peruanas tan duramente

atacado por González Prada y los jóvenes radicales de la nueva generación, no nos ofreció siempre, en efecto, sin razón o con ella, consciente o inconscientemente, un deslinde muy neto entre valores democráticos y progresistas y opciones autocráticas y reaccionarias.

Digo con razón o sin ella, consciente o inconscientemente, pues tanto las críticas esquemáticas a algunos contemporáneos, como los sorprendentes elogios a otras personalidades controvertidas de su época, pueden interpretarse no sólo como expresión de su libre albedrío, sino y sobre todo como manifestación de su disconformidad con el momento presente y de su permanente disidencia.

Recordaré de paso estas sorprendentes palabras que le escribe a su amigo mexicano Francisco Sosa acerca de Porfirio Díaz que no fue, lo menos que se puede decir, un modelo de demócrata.

Dice Palma:

México ha sido muy ingrato para con el hombre que en treinta años de gobierno alcanzó a hacer nación de lo que no era sino un agrupamiento de seres desmoralizados. Porfirio Díaz ha caído como caen los hombres dignos y honrados. Desaparecerán las pasiones y mezquindades del presente, y la posteridad le hará justicia enalteciendo su memoria. (Palma, 1968: 228-229)

Digamos en descargo de Palma que en la época en que escribió, el tradicionista no tenía todas las cartas en mano sobre la realidad mexicana, como las tendremos más tarde.

Hoy sabemos que, como bien señaló Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, que al elegir el positivismo como filosofía

de gobierno, Porfirio Díaz, completa y cancela, durante sus treinta y cuatro años de gobierno, el período de la Reforma, por su afán de modernizar el país, de fomentar un desarrollo económico que abrirá ampliamente las puertas al capital financiero extranjero.

Pero la paradoja es que, por un fenómeno que Octavio Paz define muy bien, la era de Porfirio Díaz a pesar de la presencia en las altas esferas del poder de científicos positivistas y de intelectuales progresistas, no representa, sin embargo, verdaderamente la entrada de México en la era moderna.

“A pesar de lo que comúnmente se piensa, la dictadura de Porfirio Díaz es el regreso del pasado”², afirma rotundamente Octavio Paz.

Y el ensayista mexicano concluye con estas palabras que no carecen de interés, pensando en el propio juicio de Palma sobre el régimen de Porfirio Díaz:

Muchos sin excluir a los antiguos liberales, piensan de buena fe que el régimen de Díaz prepara el tránsito entre el pasado feudal y la sociedad moderna. En realidad el porfirismo es el heredero del feudalismo colonial [...]. Enmascarado, ataviado con los ropajes del progreso, la ciencia y la legalidad republicana, el pasado vuelve pero ya desprovisto de fecundidad. (Paz, 1972: 116)

2 Paz agrega: “En apariencia, Díaz gobierna inspirado por las ideas en boga: cree en el progreso, en la ciencia, en los milagros de la industria y del libre comercio. Sus ideales son los de la burguesía europea. Es el más ilustrado de los dictadores hispanoamericanos y su régimen recuerda a veces los años de la ‘belle époque’ en Francia [...] La otra cara de la medalla es muy distinta. Esos grandes señores amantes del progreso y la ciencia no son industriales ni hombres de empresa: son terratenientes enriquecidos por la compra de los bienes de la Iglesia o de los negocios públicos del régimen. En sus haciendas los campesinos viven una vida de siervos, no muy distinta a la del período colonial.” *El laberinto de la soledad*, pp.115-116.

Ciertamente se puede incluir a Ricardo Palma entre los hombres de “buena fe”, a los que se refiere Octavio Paz, que piensan que “el régimen de Díaz prepara el tránsito entre el pasado feudal y la sociedad moderna”.

Por ello, si como sostiene Paz en su libro “la dictadura de Porfirio Paz es el regreso al pasado”, seguro que hoy en día Ricardo Palma revisaría su juicio, porque nunca se propuso retornar al pasado ni celebrarlo como “tiempo mejor”, a imagen y semejanza del poeta Manrique, sino incorporarlo a la modernidad del presente mirando hacia el futuro. Este fue el objeto fundamental de la “tradicción”, concebida como una forma nueva de creación destinada a traducir la realidad concreta del momento y a superarla. Así, a diferencia de lo que afirma Paz acerca de Porfirio Díaz, como palabra final yo diría que el pasado en Ricardo Palma no carece de fecundidad.

Bibliografía

Palma, R. (1968). Tradiciones peruanas completas. Madrid: Ed. Aguilar.

Palma, R. (2006). Epistolario General (1905-1919). Lima: Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Forgues, R. (2016). La voz de los orígenes. Ensayos sobre identidad y creación en América Latina. Lima : Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma.

Kapsoli, W. (2006). Miguel de Unamuno y Ricardo Palma: una amistad epistolar. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Recuperado de http://sisbib.unmsm.edu.pe/bibvirtualdata/publicaciones/san_marcos/n24_2006/a02.pdf

Paz, O. (1972). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Unamuno, M. (2005). *En torno al casticismo*. Madrid: Catedra.

Recibido: 13 de octubre 2016

Aprobado: 1 de septiembre 2016